

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año 11

MURCIA.-Jueves 5 de Septiembre de 1907

Núm. 316

Pensando en el porvenir

Dormida por un lapso de tiempo bastante grande la vida política nacional, ahora comienza el despertamiento que antecede al despertar, para poco a poco ir acostumbrando los descansados brazos y la reposada inteligencia á las faenas peculiares de semejante pintoresca ocupación. El forzoso reposo de la estación veraniega, concluyendo de anular las escasas condiciones ministeriales para el desempeño de los cargos, embotó el cerebro de los Consejeros de la Corona, haciéndoles perder las pocas ganas que tenían de hacer algo útil y provechoso. Hoy día, después de pasada la época calurosa, nos encontramos con que si antes teníamos Ministros incapaces de proyectar una cosa buena, ahora los tenemos inútiles, impotentes para hacer una mediana, sin capacidad para realizar algo de provecho.

Las noticias que llegan respecto á la apertura de Cortes, sin precisar nada y así como si fuesen mensajes reveladores de carencia de ganas, nos dicen las intenciones que sobre el asunto tienen los salvadores del país, para abrir las Cámaras brevemente. La duda, la indecisión, el temor, síntomas característicos de la falta de voluntad y firmeza en las personas, con elocuente incontrastrable advierten que el mal camino no se abandonó todavía, porque gobierno que rebuye presentarse á las Cortes, es gabinete que tiene miedo, y no vamos á ser tan cándidos que creamos que ese miedo resulta infundado, pues la timidez en los hombres públicos es un mito. Cuando siente temor frente á la apertura, no es ni más ni menos sino porque tiene sus trapos sucios.

Cuanto asuntos oscuros se han resuelto después de la clausura, para satisfacer los justos deseos del país, se tienen que aclarar ahora, porque no es caso de que la nación se sacrifique por endiosar á éste ó la otro personaje, recomendado eficazmente al Ministro. Todos los negocios que ofrecen dudas, todas las concesiones realizadas sin aclarar bien los términos en que se hizo, todos los asuntos envueltos en nebulosidades, para que cada cual quede en el lugar que le corresponde, necesitan aclaraciones. En caso contrario, con el mismo derecho que hasta aquí, la nación seguirá dudando y comentándolos á su gusto.

La realidad nos ha enseñado muchas cosas para que ahora nos hagamos los desentendidos. En otras épocas, cuando la experiencia no era aún nuestra consejera, estaba bien que cayésemos en engaños, en celadas tontas; pero hoy, cuando el que más y el que menos sabe de qué lado anda la nube, no, porque sería tanto como acreditarlos de rematadamente necios. En la actualidad, para engañarnos, se necesita mucho. Ya no estamos en los días en que con solo hablarnos de patrioterías nos cegaban; hoy necesitamos creencias positivas, basadas en la razón. De otro modo seguiremos dudando.

PLUMAZOS

Los holandeses se divierten

Los holandeses, que son gentes prácticas, ven con harta pena aproximarse la fecha de la clausura de sesiones en la conferencia de La Haya. Hasta aquí, ensimismados en la dulce tarea de aligerar de peso los bolsillos de los delegados extranjeros, no pensaron en que tendrían un término las sesiones pacifistas y si en matar el tiempo de manera bastante provechosa para poder decir como el inglés y demostrarlo: el tiempo es oro; nada en el desmoronamiento de sus caras ilusiones de riqueza. Las absurdidades inútiles—y en cierto modo útiles para ellos—á que son tan aficionados, y que tan encarnadas se hallan en la reunión halesca se esfuman en lontananza cuando apenas les han enseñado á ver la vida de manera diferente que por la de un bien á todos extensivo.

Demetriu, como todo los que viajaron hace años por Holanda—vease «Reviewlagt», se equivocó de medio á medio al pintarnos á sus habitantes como gentes demasiado apagadas á las cosas útiles para pensar en sutilezas. Basta leer la prensa holandesa para convencerse de ello. Nuestros ex-súbditos no piensan ya ni mucho menos en vaciar lagos; y en rellenarlos luego; la obsesión nacional es el término de la

conferencia de la Paz. Los quejumbrosos lamentos del Groenisherlagt les han hecho maldecir de los términos puesto á cosas tan necesarias como las conferencias pacifistas. Han despertado á la vida, en una palabra, para pensar en la grata tarea á que se entregaran en los bolsillos de los extranjeros y que van á perder también.

El delegado que ha pedido á la presidencia de la conferencia la clausura de la conferencia para el 17 del corriente mes, se ha llevado, de juro, la mitad de las maldiciones é improperios que un buen súbdito de la reina Guillermina puede lanzar á los vientos. Añadir leña al fuego, cosa muy censurable en todos los países, es allí motivo más que suficiente para limpiar de businas cualidades al que lo haya hecho. Y en el estado de ánimos en que se encuentran los holandeses, no habrán hecho lo contrario de lo que ordena la costumbre. Al menos, se desquitan así de la ganga que se les escapa.

Lo que no está mal para compensación inofensiva.

NAZARIN.

Información especial

PÁJARO RARO

Durante muchísimos años se han ocupado los naturalistas de un pájaro del que se hablaba mucho, pero no se lograba conseguir uno; las noticias que á ellos llegaban de la existencia de esa ave, les llenaba de curiosidad, pues el misterioso pájaro se decía que habitaba únicamente en los solitarios y yermos alrededores de la solfatera ó volcán de azufre de la isla de San Vicente, en las Antillas.

Los indígenas contaban á propósito de él mil leyendas, y era objeto de muchísimas supersticiones, una de las cuales entre las variadísimas formadas por su tropical imaginación, era la de que no se le podía mirar, y el desgraciado que le echara la vista encima, quedaría muerto en el acto.

Como consecuencia de esto cuando algún negro se aventuraba hasta las inmediaciones del volcán y oía el canto del ave, inmediatamente retrocedía abandonaba la empresa que allí le condujera, y cerrando los ojos para no ser sorprendido, se alejaba de aquellos sitios.

Con dificultad se consigue que un indígena acompañe á un forastero á visitar la solfatera, por miedo de dar con su vista con el ave llamada «el invisible y misterioso pájaro de canto celestial.»

El misterio de tal fenómeno ornitológico ha sido por fin descubierto por un estudiante de Zoología que se propuso resolver el enigma aunque le costara perder un ojo de la cara.

Recorrió las inmediaciones del volcán, exploró sus alrededores y consiguió finalmente, procurarse, después de varios días de fatigas y dificultades, andando entre escorpiones, cienpíes y culebras, varios ejemplares del misterioso pájaro.

Resulta ser un raro bicho que domina el ventriloquismo, con lo que el canto aparece salir de parajes distantes á de los que él está.

Esta circunstancia, unida al miedo que la superstición despertaba, ha sido la causa de que haya permanecido tanto tiempo ignorada la verdadera naturaleza del pájaro.

X.

La vida en la Colonia

Con que velocidad van transcurriendo los días, entre esta familia infantil, que á cada momento se muestra más contenta y cariñosa, y cuyas caritas van tiñéndose con el rosado color de la vida que le ofrece el bosque exuberante, y el esmerado cuidado que le dedican!

Los pequeños colonos que han conseguido ser los reyes de esta sierra, captándose las simpatías de los sencillos vecinos que habitan estos contornos, que los halagan y miman, y los obsequian y quieren, han llegado á ser una necesidad para estos rústicos campesinos, que sienten el momento de la marcha de la colonia, como si se tratara de individuos de sus familias á quienes hubieran estado rozando toda la vida.

Y es que esta bandada de niños, que se lanza á la calle cuando la Aurora riente bate sus alas, todo lo alegre con sus cantos, con sus juegos, con sus gritos de expansivo gozo.

Cuando en las primeras horas de la mañana, caminan para el monte al que han

llegado á tomar un gran cariño; cuando marchan á la desbandada corriendo de un lado para otro, saltando de piedra en piedra como corzos, como ardillas, como alegres mariposas que vuelan de flor en flor, ¡qué cuadro más pintoresco ofrecen! Pero ninguno es tan bello como el que en estos momentos se presenta ante mi vista.

Son las tres de la tarde; es la hora de la siesta; mas hoy no se duerme, los niños están unos jugando, otros recostados en el suelo, otros leyendo. En la puerta de la casa, y a la sombra que vá cubriendo la calle, se hallan sentadas formando un círculo encantador; sus manos pequeñitas se mueven con pasmosa rapidez; trabajan con ahínco; están cosiendo; arreglan la ropa de sus compañeros; son las encargadas de hacerlo diariamente, bajo la dirección de las Herminitas Villegas y Sra. de Barquero, las que con inabundante actividad, son al mismo tiempo maestras y madres adoptivas de las pequeñuelas.

Siguen cosiendo con aplicación entre risas y cantos y proyectos de excursiones. Ya terminan su trabajo; las pren las rotas, destrozadas, que cogieron, se hallan arregladas y útiles para prestar servicio...

Suenan la bocina anunciando la hora de marchar al bosque; ¡adiós formalidad!—Ya se ha halla convertida en locura y algazara; cinco minutos después, se encuentran arregladas luciendo los pintorescos sombreros que las resguardan del Sol, y cogidas del brazo las unas; saltan las otras entre los niños, caninan cantando en dirección al pinar que los espera, y que los recibe con la música armoniosa de las auroras, y el oxígeno puro de sus entrañas.

EDUARDO PÉREZ.

Puerto de la Cadena-2-Septre.-07.

Novela en cuatro cartas

(CUARTA Y ÚLTIMA)

De un sér feliz á un sér íntimo, poeta romántico.

Héctor del alma: Entre nosotros toda escusa y sinceramiento huelgan. No te he escrito antes por pereza; ya me conoces y sabes lo holgazán que soy para escribir. Si esta razón es suficiente para que perdones mi tardanza en contestarte, admítela; si por el contrario no basta con ella recurso á otra más poderosa é inapelable, nuestra entrañable amistad.

Tu carta última, como todas las tuyas, me hizo reír y á pesar de hacer muy cerquita de dos meses que en mi poder obra, continúo riéndome de tí y de ella de vez en vez. ¡Pero, chico, eres un inaguable! Comprendo que te aburras de tu genio y te hastie la vida, pues tomarla como tú la tomas, en serio, es el Vaticano de los disparates.

No seas memo, imítame á mí que me río de la vida y de lo que vive y verás que alegre y feliz es la tuya. La vida, querido Héctor, es una carcajada de la Naturaleza, y la felicidad humana son las carcajadas del que vive; riámonos, pues, á carcajadas y conformémosnos alegremente de lo que nos suceda, si es bueno por bueno y si malo por malo, que al fin el bien y el mal no existen sino en nosotros mismos.

Si Pangloss hubiese hecho el mundo no sería «un valle de lágrimas». Hubiera hecho un valle de dichas y placeres.

Comprendo que sintieras mucho la muerte de tu novia, que yo contigo siento, pero el sentimiento no justifica la desesperación ni el aburrimiento, que sólo se apoderan de seres débiles y cobardes. Resignate y procura distraerte y hasta divertirte; mira que llegará un día en que maldecirás no haberte divertido todo lo justo y un poquito más. Que se murió Rosita, es lamentable, pero hazte cargo que peor hubiesen sido otras mil cosas que os pudieron suceder. Figúrate, y no te incomodes ni molestes por esta atrevida hipótesis, que te casas con ella, que tu amor y entusiasmo crecen, hasta llegar á la chifladura y que un día te encuentras con que sin saberlo tú ni

sospecharlo siquiera, eres para los demás ó un infeliz ó un pobre marido digno de compasión. ¿No hubiese sido esto peor?

Me parece que fué Echegaray—no estoy muy sobrado de erudición y no puedo afirmar—quien dijo que «el hombre es un compuesto de barro y de un girón de cielo azul, y que es bueno ó malo según aparezca ante el que le juzga el barro ó el cielo». Yo echándomelas de dómine, y que perdón merezca por revestirme con ropajes que tan mal me sientan voy á permitirme hacer otra imagen por el estilo, peor como mia, de la empleada por el sabio matemático y notable dramaturgo.

Todas las cosas tienen dos caras, una alegre y risueña, como de muchachota feliz y hermosa; y otra tréfica, llorosa, hosca, cual de jesuita intratable, y dos botoncillos, uno encarnado y otro negro. Según el botón que apretamos así se presentará una de esas dos caras y según la cara que ante nosotros aparezca la cosa será alegre, buena, hermosa, ó será triste, mala, ó fea. ¿No te parece más humano y conveniente que apretemos el botoncillo encarnado? Yo, al menos, soy de esa opinión y mientras no desaparezca ó se rompa el mecanismo del botoncillo encarnado, no pienso apretar otro en toda mi vida.

Si es verdad que fué una lástima la muerte de Rosita, tan guapa y tan discreta, pero con ponerte como estás ¿vías á resucitarla? Conserva ese cariño que le profesabas y profesas y tráslado á otra ó á otras que tengan realidad, que no es humano el que como tú ama, que ame al no ser, habiendo tantos y tantos seres femeninos hidrofóbicos de cariño y muchos de ellos dignos de ser amados, que el amor no es otra cosa que una ilusión subjetiva de nuestros sentimientos, y sólo por una ofuscación ó un exagerado romanticismo conviértese en realidad objetiva de cosas ó personas.

A raíz de escribirte mi última, como en ella te anunciaba, fui á pasar unos días á París, donde permanecí más tiempo del proyectado por causa de un suceso peregrino y que te hará reír un rato, si tú eres capaz de reírte por algo alguna vez.

También yo amo, Héctor, pero amo á mi manera, con razón, prudentemente, sin esas exageraciones ni locuras con que creéis amar vosotros. Amó á una mujer, y la amo no por ella sino por cuanto le ha sucedido en estos últimos años de su vida.

Valer no vale gran cosa; ni es alta ni baja, gruesa ni delgada; no es desgarrada, pero tampoco tiene esa sal con que algunas mujeres nos hechizan; su cutis niveo, contrasta bellamente con el negror azabachesco de sus teñidos cabellos; á veces es alegre, risueña, y entouces canta malagueñas, tangos y guajiras; otras veces es tristona, romántica, y llora ó recita patéticamente versos á la Luna. Y yo gozo con ella muchísimo; cuando está alegre, porque su alegría junta con la mía me hace estallar de contento; cuando está triste, porque mi alegría se excita con lo ridículo que resulta una mujer entonando cánticos al astro de la noche ó á otros astros, que al fin es igual.

¿Cómo la conocí? En una juerga. Fuimos al célebre *Cómbier de Venus*, nuestro amigo Jules Fourtier, otro chico parisiño y yo.

—Conocerás á la Españolita, me dijo Jules, cuando nos dirigíamos al *Cómbier*.

Y en efecto, á poco de llegar se nos presentó la Españolita, que de vena alegre aquella noche nos divirtió un rato cantando y bailando coplas y danzas de carácter español, y que aunque no lo hizo con extremada gracia y donosura nos pareció de perlas ante la formalidad é insulsez de una francesa y una suiza que nos acompañaban.

Y con esa alegría y expansión con

que solemos hablarnos los españoles a encontramos en suelo extranjero, me relató su historia:

Era de familia distinguida. Tuvo un novio marino á quien quería mucho, y se le murió un mes antes de efectuarse su casamiento con ella. Entonces, ingresó en el Convento de Guardias Nobles de María y allí cambió su nombre mundano de Lucia de Leiva, por el de Sor Desamparada. Con unción y recogimiento pasó un año dedicándose en cuerpo y alma á la vida espiritual, pero aquejola traidora y lenta enfermedad y una noche quedó profundamente dormida. Sus compañeras creyeronla muerta, la enterraron, y ya en la tumba despertó del sueño cataleptico y gritó, manoteó, forcejeó en cuanto la estrechez de la caja mortuoria permitía y dada cuenta de que le era imposible salir de aquel encierro, decidió causarse la muerte clavándose ferozmente, con la ferocidad de la desesperación, las uñas en la garganta... Oyó sobre ella un ruido extraño, tuvo una oleada fresca de esperanza y aguardó. Siguió oyendo cada vez más cerca los golpes y notó que su envoltura se movía. Por fin, abierta la caja pudo contemplar que dos seres extraños por el pasmo, fueron sus salvadores: uno era el guardián del Cementerio, otro, el que oyó sus gritos desesperados como un eco lejano de la vida, era un poeta romántico que iba á orar sobre la tumba de su ideal muerto.

Fuera del cementerio, dudó un momento entre volver al claustro ó volver al mundo y optó por vivir la vida. Errabunda por campos y ciudades probó el pecado y decidió saborearlo lenta y largamente y vino á parar al *Cómbier de Venus*. Gozó tanto cuando me contaba la cara que tenía el pobrecillo poeta romántico que oyó sus gritos y gemidos, que decidí traerla á Madrid para que muy á menudo me lo contase. Y como me costó mucho convencerla, permanecí en París más de lo proyectado.

La verdad, es, Héctor, que sería bueno el susto del amante saltador de las tapias del Cementerio. ¡Vaya un pasmo! Seguramente á ese infelizote le costó la vida su extravagancia, y créete que aunque no me alegro del mal ageno, veo bien empleado tan duro castigo de la Naturaleza, para semejante neuras-ténico.

¡Rezad sobre la tumba de una novia! ¿Qué iría á conseguir con ello ese mentecato? ¡Qué haya seres tan raros y necios!

Me figuro el susto que debió llevar y gozo y me río á pierna suelta de pensarlo. ¡Que placer haberlo visto! Tanto me enamoró el susto del poeta que por él me enamoré de la que lo causó.

Pero no creas que mi enamoramiento vá á ser perpétuo é insustituible; no; mi enamoramiento por ella durará muy poco; tal vez sea ella la que se cause de mí, quizá sea yo el que me hastie y la mande otra vez al *Cómbier*; ella es una histérica; yo soy un sér feliz y ninguno de ambos podemos aguantar una cadena amorosa á perpetuidad; somos águilas del Amor y queremos la independencia, la libertad, que no nos impide que á veces descausemos por parejas sobre algún pico ó cueva y sigamos después nuestros vuelos dichosos, independientes.

¡Es tan hermoso amar á muchas! Parodiando á ese gran desertor de la vida vivida, que se llamó Kémpis diréte: «Gran sabiduría es no ser el hombre consecrate en su amor, ni tampoco porfiado en amar á una sola mujer.» Ama á muchas, á todas, Héctor, y verás como entonces no sientes fanatismo por ninguna. Amalas en cuanto valen por se y no en cuanto el valor que tu añorada fantasía les conceda. Este es el plan que siempre he tenido en materias amatorias y con el que me vá admirablemente.

Siguiendo estos mis extraxagantes—para tí al menos—pero humanos conse-

